



EN BUSCA
DE LAS
Luces

DEL POLO NORTE



TEXTO MARÍA TERESA FERRER
ILUSTRACIONES FRANCISCO JAVIER OLEA

INCLUYE
STICKERS

*La magia y energía inagotable del amor,
llegarán a tu corazón para quedarse.*



Z

LA ZONA
MARKETING GLOBAL

EDICIÓN GENERAL
Bernardita Astaburuaga
La Zona Marketing Global

TEXTO
María Teresa Ferrer

ILUSTRACIONES
Francisco Javier Olea
Payo

DISEÑO
María Pía Toro

Impreso en Ograma
ISBN: 978-956-9085-17-8

EN BUSCA
DE LAS *Luces*
DEL POLO NORTE

ESTE LIBRO PERTENECE A:



Aquí es donde la magia comienza.



MISTERIOSAS LUCES EN EL CIELO

Sucedió una noche de diciembre en el Polo Norte, cuando el cielo estaba tan despejado que la luna se veía más grande que nunca y las estrellas fugaces cruzaban el cielo como jugando al pillar.

Dentro del taller, los duendes estaban concentrados en sus labores mientras el Barbudo Abuelo revisaba las millones de cartas que los niños y niñas le habían enviado ese año.

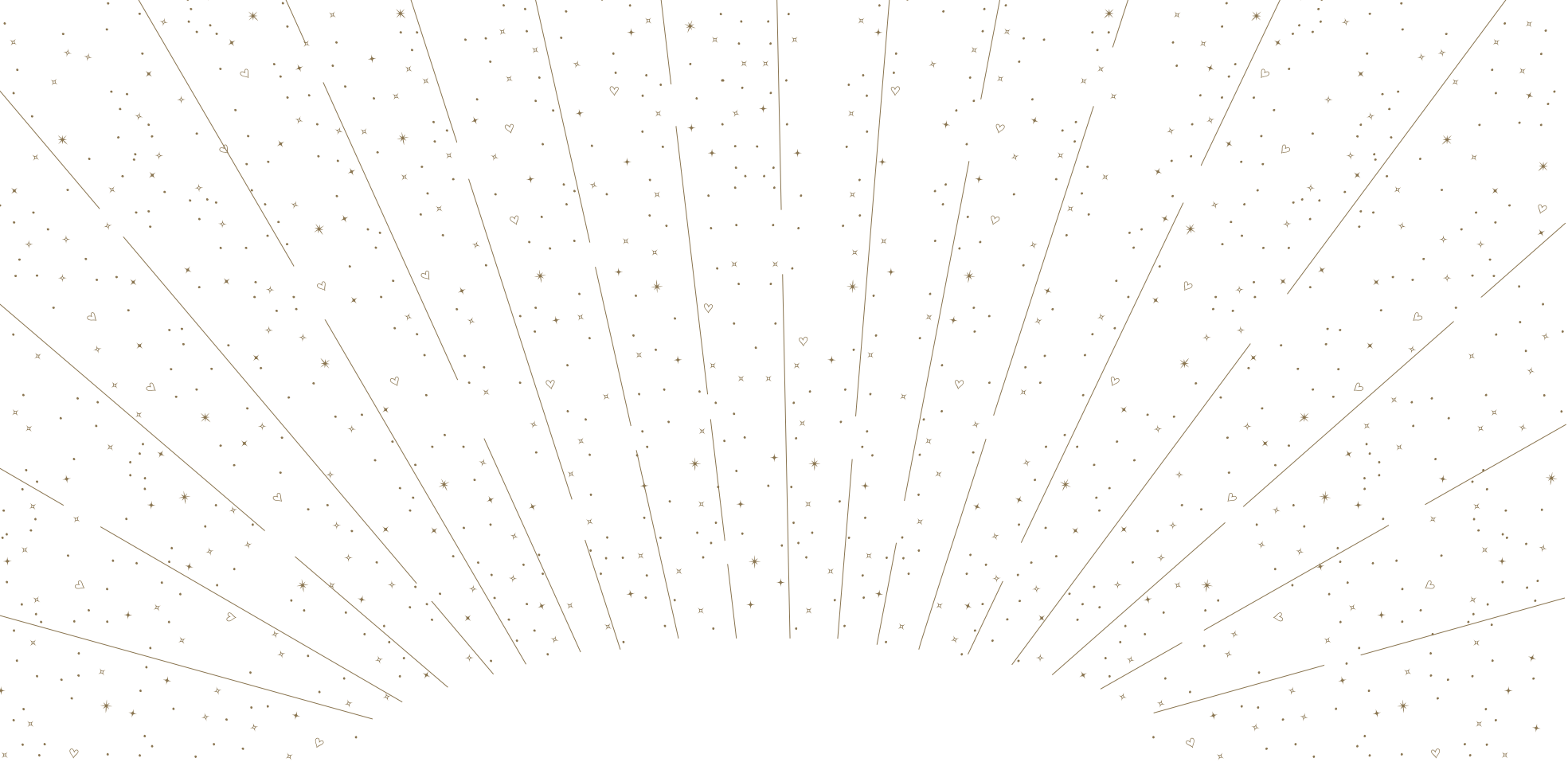
—¡La muñeca para Adela, la pelota para Rafael, el peluche para Estela, el autito para Gabriel! —daba instrucciones con su gran vozarrón.

Los duendes lijaban maderas, atornillaban ruedas, ponían pilas, cosían pelos y botones, pintaban, armaban paquetes, enrollaban cintas y reían de buena gana, cuando a alguno se le ocurría hacer una travesura como ponerle pelo punk a una muñeca o hacer malabarismo con los pompones que servirían de narices para los peluches.

Las llamas chisporroteaban en la chimenea y el olor a galleta recién horneada inundó la sala del taller. Llegaba la hora del descanso y no había nada mejor para reponer energías que un tazón de chocolate caliente y las galletas que hacían los duendes cocineros.







Cuando ya estaban sentados a la mesa, algo llamó la atención del Abuelo:

—Veo por la ventana una luz incandescente, ¿será que es Rodolfo con su nariz fosforescente?

Imposible. Los renos estaban guardados en el establo hace un buen rato ya. Los duendes se acercaron a la ventana. Tal como decía el Viejito, una luz brillaba en el cielo, lejos de la luna. Todos muy curiosos comenzaron a tratar de adivinar de dónde podría provenir.

Unos apostaban por un nuevo planeta, otros por el reflejo de una gran fogata. Cada uno con su propia teoría, les fue imposible adivinar el origen de la misteriosa luz en el cielo.

EL AMBICIOSO JUGUETERO

U nos días antes, muy lejos del Polo Norte, en el otro extremo del planeta, don Evaristo Avaro Todomío, refunfuñaba al ver por la ventana de su fábrica de juguetes cómo sus vecinos decoraban las calles con motivos navideños. Don Evaristo odiaba la Navidad y no creía en su magia. Hijo de padres muy humildes, trabajadores y esforzados, de pequeño pidió año tras año sus juguetes favoritos, pero nunca le llegó nada de lo que aparecía en su lista. El Barbudo Abuelo nunca recibió las cartas del niño porque su madre no tenía el dinero para pagar el envío de la correspondencia al Polo Norte. Sin embargo, ella siempre creyó que su amor por Evaristo bastaría para suplir todo lo que su hijo pudiera necesitar.

La ilusión de la existencia de los duendes mágicos se le desapareció totalmente a Evaristo cuando no recibió su regalo más deseado: un caballito de madera para poder vivir cientos de aventuras imaginarias.

De mayor, decidió ser indiferente a la magia navideña y aprovechar esa época del año para trabajar más que nunca. A don Evaristo Avaro Todomío ya no le interesaban las aventuras en la vida, ni menos los caballitos de madera; solo buscaba hacerse millonario. Dueño de una fábrica de juguetes electrónicos de dudosa calidad, los últimos meses se los había pasado intentando dar con la fórmula que lo convertiría por fin en un rico magnate del mundo juguetero: un mecanismo que le permitiera fabricar juguetes baratos y venderlos muy caros.

El tacaño juguetero buscaba la forma de darle color a sus fríos juguetes electrónicos, tan grises como su endurecido corazón. Si los hacía más llamativos y además baratos, serían un éxito en la temporada navideña y se transformaría en el juguetero más multimillonario del mundo. De paso terminaría con la ilusión navideña de los duendes mágicos, ya que ningún juguetero podría hacerle la competencia. Se transformaría así, en dueño y señor de la Navidad.

¿Pero cómo abaratar los costos de los juguetes? Intentó acortando los cables de las consolas, probó cambiando las pantallas de las tablets por plásticos dibujados, les sacó botones a los controles, pero los niños no eran tontos. Imaginó una tropa de padres y niños indignados al descubrir el engaño y desistió de esa idea.

Don Evaristo Avaro Todomío se enrulaba los bigotes pensando, hasta que una idea llegó a su cabeza y se le pararon los tres únicos pelos que tenía en ella.

—Si una de las cosas caras de los juguetes son las pilas y las baterías, debo encontrar la manera de hacer que los juguetes funcionen sin ellas —pensó en voz alta.



Imaginó cargarlos con energía solar, pero no podía depender siempre de días soleados para que sus juguetes funcionaran. Necesitaba una fuente de energía tan poderosa que hiciera que sus juguetes no se descargaran jamás, o si lo hacían, que por lo menos le dieran tiempo para agarrar sus maletas llenas de millones y viajar al Caribe a disfrutar de sus ganancias en una playa paradisíaca. Porque don Evaristo Avaro Todomío tenía mucha ambición y poca vergüenza... era capaz de todo con tal de conseguir lo que buscaba.

Seguía pensando cuando, sentado en su oficina, escuchó en la radio a una periodista del noticiero central dar una información que le iluminó la mente y la codicia.

—Durante los próximos días los habitantes del Polo Norte serán testigos de la aurora boreal más grande y luminosa que se ha visto en años —recitaba la periodista al otro lado del aparato—. La energía de las auroras boreales proviene de la corriente de partículas que fluyen desde el Sol y atraviesan los campos magnéticos de la Tierra. La fuerza que liberará esta aurora boreal en particular será mayor a la de un gran terremoto y se manifestará en una explosión de llamativos y brillantes colores.

Ahí, escuchando la radio, don Evaristo Avaro Todomío encontró la solución que lo haría multimillonario: una fuente de energía natural, gratuita y colorida para sus juguetes. ¿Podía ser más perfecto? Apagó el noticiero y partió rápido a su casa a hacer su mochila. Su misión: robar la energía y los colores de la aurora boreal.

UN ESPÍA EN EL TALLER

En el taller de la aldea Navidad todos estaban fascinados con la misteriosa luz en el cielo. El Abuelo sabía muy bien de qué se trataba, pero no tenía la intención de decírselo a sus ayudantes. Él quería que ellos mismos lo descubrieran. Los hizo callar y dijo en voz alta:

—¡Atención, batallón! Luces de Navidad llenan el cielo, me ponen contento, ¡me paran los pelos!

—¿Qué pelos? —interrumpió uno de los duendes, apuntando la cabeza calva del Abuelo. Todo el taller explotó en una carcajada.

—Los pocos de mi cabeza y los miles de mi barba gruesa —contestó riendo también—. Pero mis pelos no son el objeto de esta misión. Hay luces misteriosas, en la noche revoltosas. Mejor será que vayan a ver, pero tendrán que ir ustedes, yo no puedo ni correr. La panza me pesa, me duelen los pies, el frío me estresa, ¿Será la vejez?





Todos los duendes levantaron la mano ofreciéndose para ir a la misión, pero eran muchos, ¡no podían ir todos! Entonces, el Viejito ideó un concurso para seleccionar al grupo que iría a investigar la misteriosa luz:

—Pónganse ya a fabricar un juguete, los que hagan los mejores irán en el grupete.

Los duendes se pusieron manos a la obra. Entre ellos, Colorito, el travieso y aventurero duende, de risa contagiosa. El colorín agarró un pedazo de madera y se puso a lijarlo hasta dejarlo con forma de tabla de surf. Se subía, se bajaba, la probaba, ¡le gustaba!

Los demás también se esmeraban en hacer de su juguete el mejor de los mejores, para ser seleccionados. Tan concentrados estaban, que nadie notó que alguien los miraba desde el otro lado de la ventana, empañando el vidrio con su respiración nerviosa.

Un abrigado don Evaristo Avaro Todomío observaba perplejo. Se refregaba los ojos una y otra vez. No era un sueño. No era su imaginación. Ahí, por muy irreal que pareciera, pudo comprobar la existencia de los duendes mágicos del Polo Norte, esos seres en los que había dejado de creer hacía tanto tiempo. Y no solo existían sino que tenían una increíble facilidad para, entre saltos y risas, fabricar los juguetes.

Pensó cuánto dinero podría ganar si tuviera la mitad de su destreza. Con los dedos medios congelados y la ambición más encendida que nunca, decidió intentar unirse al grupo que iría a resolver el misterio de la luz. Él ya sabía que se trataba de una aurora boreal de gran energía colorida y necesitaba robarla para poder hacer funcionar los juguetes que lo harían rico esta Navidad. Pero requería que alguien lo guiara porque no conocía el Polo Norte y si iba solo de seguro se perdería entre las montañas nevadas.

Por eso, cuando uno de los duendes salió del taller para ir a buscar leña y dejó la puerta entreabierta, don Evaristo no dudó un segundo en colarse dentro y tomar sigilosamente un abrigo, un gorro y unos calcetines que estaban colgados en la chimenea. **Se disfrazó de duende y caminando en cuclillas para simular baja estatura, cruzó todo el taller. Los demás estaban tan concentrados fabricando sus juguetes que nadie notó la presencia del extraño, aunque fuera calvo y con bigotes.**



TIEMPO DE HACER
LO MÁGICO SUCEDER...



EL CONCURSO

El tiempo se acabó y el Abuelo hizo el llamado para que los duendes pasaran uno a uno mostrando lo que habían fabricado. No solo quería evaluar la calidad de sus trabajos, sino también su esfuerzo, entusiasmo y creatividad.

El primero en ser seleccionado fue Colorito, quien con su súper tabla de surf, dejó maravillado al Viejito.

—¡Qué buen juguete fabricaste para este duelo! Te mereces ir a investigar la misteriosa luz en el cielo —le dijo.

Colorito se puso a saltar y hacer piruetas de contento. Otros no corrieron la misma suerte:

—Este camión lo he visto un montón. Esta muñeca huele a manteca. Esta pelota apenas rebota.

Entre los concursantes, el Viejito escogió a Nieve, una duende que fabricó una ingeniosa máquina para hacer helados de granizo. También, luego de revisar peluches y rompecabezas, eligió unos alegres plumeros de porrista con retazos de brillantes y llamativas telas, confeccionados por la duende Celeste. Luego, sin dudarlo sumó al grupo a Amatista, la que presentó una alfombra de yoga mágica para niños. Las tres se abrazaron

y chocaron las palmas con Colorito. Finalmente, seleccionó a Pistacho, el simpático duende goleador del Polo Norte, que fabricó una pelota de fútbol impinchable, hecha con los cueros más resistentes del Polo Norte.

Llegó el turno de que don Evaristo Avaro Todomío, vestido como duende, mostrara su juguete, ¡pero no tenía nada que mostrar! Sin embargo, el Viejito no opinó lo mismo.

—**¡Wow! Con la máscara que llevas puesta, serás el alma de la fiesta. ¡Se ve tan real y además original!** —le dijo al mismo tiempo que le tiraba los bigotes. Don Evaristo tuvo que aguantarse el “¡auch!”.

Fue así como el Abuelo, confundiendo el verdadero rostro de don Evaristo Avaro Todomío con una máscara de disfraz y sin sospechar sus malvadas intenciones, lo sumó al grupo que iría de expedición en búsqueda de las misteriosas luces. También eligió entre los ciervos a Zafiro, uno de los más fuertes, inteligentes y perspicaces de la manada, para volar el trineo taxi en las partes del camino que pudieran andar en él.

Se pusieron sus abrigo brincando y jugueteando, ansiosos por comenzar esta aventura. Para evitar ser descubierto, don Evaristo se mantuvo un poco más alejado del grupo, sin perderlos de vista. Antes de partir, decidieron llevar a Chocolata, la dulce perrita con corazón de cacao, que aunque en el último tiempo había engordado un montón y andaba lenta y cansada, igual su olfato podría ayudarlos a volver a casa si se perdían en la nieve. Goldy, el fiel perro guardián del taller, ya había participado en misiones anteriores y ahora era el turno de su enamorada. Le dio dos lengüetazos y tres olfateadas a Chocolata, y con un par de guau-guau le deseó mucha suerte en su travesía.

Todos en fila, con Colorito en primer lugar y con Chocolata al final moviendo la cola, salieron del taller para emprender esta gran aventura.



UN CIERVO PERSPICAZ

El primer tramo del camino lo hicieron en el trineo taxi que volaba mágicamente el ciervo. Sin embargo, en un momento de descanso del grupo, Zafiro comenzó a comportarse de manera extraña. Se acercó a don Evaristo, lo olfateó, dio una vuelta a su alrededor y lo volvió a olfatear.

—¡Chis, fuera! ¡Sal de aquí! —le susurró don Evaristo.

El inteligente ciervo percibió la presencia del intruso y a pesar de que le dio cabezazos en la barriga, lo correteó hasta casi hacerlo tropezar y bramó tratando de que los demás se dieran cuenta de su descubrimiento, ninguno de los duendes le prestó demasiada atención. Estaban todos concentrados en la misión. Al no poder alertar a sus compañeros, Zafiro decidió ir a avisarle al Abuelo y abandonó al grupo a toda velocidad, con la intención de salvarles la vida.

Cuando los duendes se dispusieron a retomar el viaje, se dieron cuenta de que el reno ya no estaba.

—Quizás se cansó y volvió a aldea Navidad —dijo Nieve.

Todos estuvieron de acuerdo en seguir el camino a pie. El único que estaba realmente complicado era don Evaristo Avaro Todomío, que tenía que hacer el recorrido en cuclillas. Además, en el saco que colgaba de su espalda llevaba una aspiradora turbo potente para aspirar la energía de la aurora boreal, la que pretendía usar luego para hacer funcionar sus juguetes. Andar de rodillas por la nieve y con peso extra no le hacía ni la más mínima gracia, pero no dijo nada para no levantar sospechas.

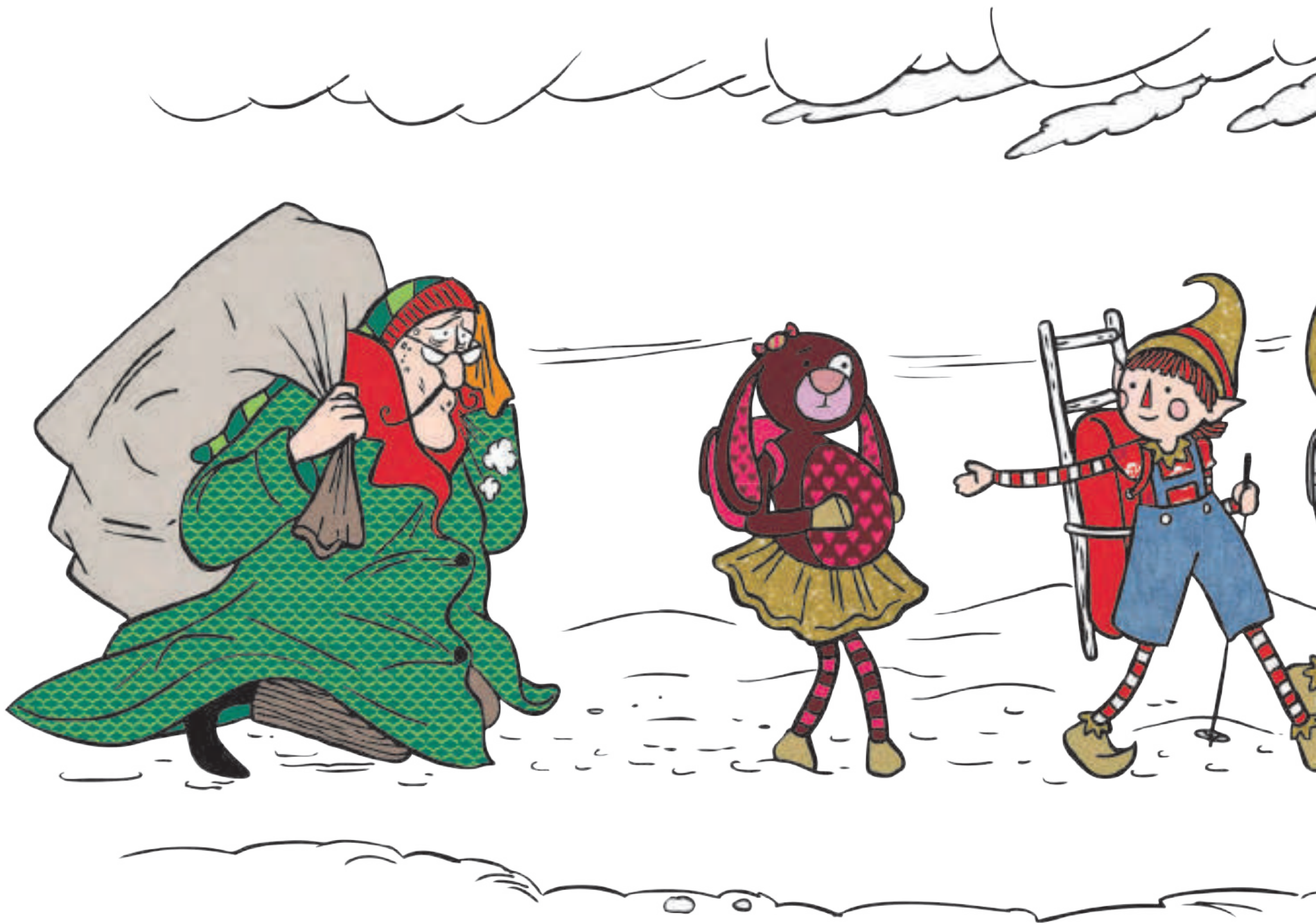
Camínaron varias horas por blancas colinas. Parecía que con cada paso se acercaban más a la luz. Los duendes se fueron todo el camino cantando para alegrar el trayecto, y Chocolata, atrás, pasito a pasito, un poco decaída y cansada, le hacía la pelea a don Evaristo por dejar el último lugar de la fila.

De pronto, cuando el camino se vio cortado por un árbol de tronco grueso y ramas abiertas, Colorito se detuvo en seco.

—¡Miren hacia arriba! —gritó emocionado.

Habían llegado. La luz estaba justo sobre el abeto mágico, el árbol más alto del Polo Norte, que marcaba la mitad del trayecto entre la aldea Navidad y la villa vecina. Los duendes saltaban de alegría. Por fin habían encontrado el lugar exacto de la luz. Pero ¿qué le dirían al Abuelo? Miraron para todos lados, pero la luz solo estaba en el cielo, maravillosa, blanca y radiante, sin origen conocido.

No podían llegar donde el Abuelo sin una respuesta sobre el porqué de ese potente brillo. Como tenían las narices rojas de frío, decidieron hacer una fogata para calentarse. Bebieron chocolate caliente y degustaron panes dulces y galletas de jengibre para energizar el cuerpo. Ahí, junto al fuego, comenzaron a contar mitos y leyendas, imaginando de dónde provenía la misteriosa luz:



* * *

¿Vendría de mágicas ballenas que pintaron el cielo con sus chorros de agua? ¿O de zorros fantásticos cuyas colas produjeron chispas al golpearse contra la nieve? ¿Serían tal vez cisnes que recuperaron el vuelo luego de haber quedado congelados por llegar tan lejos en los cielos del norte?



Don Evaristo Avaro Todomío apoyó su cansada espalda en el tronco del árbol y miró a los duendes charlar sin participar de la conversación. A él no le interesaba discutir el origen de la luz, pues ya lo conocía... Él solo quería apoderarse de ella.

¡UNA GRAN ESCALERA AL CIELO!

Sin poder llegar a un consenso sobre el origen de la luz, a Colorito se le ocurrió una brillante idea:

—Tenemos que acercarnos. Quizás si vemos la luz de cerca podemos descubrir de dónde viene.

¿Pero cómo acercarse al cielo? Siguiendo a Colorito todos se armaron al abeto mágico. Chocolata, que no andaba chispeante como de costumbre, no se movió y se quedó recostada cerca de la fogata.

—¡Tenemos que llegar más arriba! Vamos, será más fácil si escalamos a la punta del abeto mágico —dijo el duende colorín mientras abrazaba el tronco y seguía dando indicaciones—. Súbete a mis hombros, y tú sobre los hombros de él, y tú sobre los hombros de ella...

Colorito le dio la instrucción a todos de montarse uno sobre el otro para formar una gran escalera al cielo, haciendo equilibrio sobre el frondoso pino. Don Evaristo Avaro Todomío se aseguró de que le dieran el puesto de la punta, para así poder aspirar la energía de la aurora boreal.



♡ Cuando Evaristo estaba listo para subir, algo maravilloso sucedió: el cielo hasta entonces iluminado por una luz blanca, se tornó de los más lindos colores, un espectáculo que hasta las estrellas se detuvieron a mirar.

—Ahora es mi momento ¡Esa energía es mía! ¡Toda mía! —gritó don Evaristo con su ronca voz al tiempo que sacaba del saco de su espalda la ruidosa aspiradora y corría en dirección a los duendes para comenzar a encaramarse sobre ellos.

Pero en algo no había pensado don Evaristo, y era que ninguno de los duendes iba a poder soportar su peso. Por eso, cuando trepó el abeto y se abalanzó sobre Colorito, que estaba el primero sobre el árbol, la torre de duendes se tambaleó de un lado a otro amenazando con hacerlos caer a todos.

En el intento por no desplomarse, y en aleteos desesperados por no perder el equilibrio, los duendes se sujetaron de lo que tenían más a mano: los colores mágicos que les ofrecía el cielo. En ese instante, todo se volvió una explosión de **MAGIA Y COLOR**. En la medida de que cada duende alcanzó su color favorito, se potenciaron los colores de sus ropas, pelos, nombres, personalidades y energía mágica de los tonos de este maravilloso espectáculo.

¡Pega los stickers de tus duendes
para darles toda la magia y color!

Nieve, que era la que estaba más arriba, tocó el haz de luz blanca y los tonos dorados de las estelas de las estrellas fugaces que cruzaban el firmamento en ese minuto. Todos los demás quisieron imitar a esta duende, que se llamaba así por la blancura de sus ropajes y por ser una traviesa y ágil lanzadora de bolas de nieve.



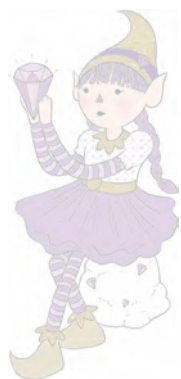
La duende que le seguía tocó un suave color celeste con hilos plateados de luna. Ella era Celeste y tenía el don de alentar y animar a sus compañeros como nadie más sabía hacerlo.



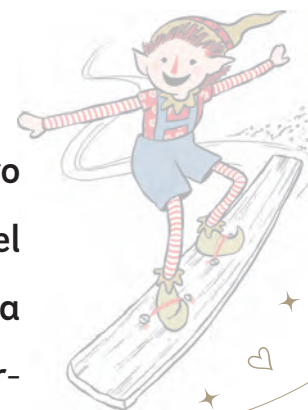
El duende siguiente tomó el color verde que serpenteaba en el cielo nocturno. Era Pistacho y si antes tenía talento para la pelota y era el famoso goleador del Polo Norte, ahora brillaría muchísimo más en la cancha.



La duende que le seguía, Amatista, tocó los colores rosados y violetas. y se volvió aún más brillante y protectora, como la piedra que lleva su nombre.



Colorito, como estaba primero en la fila y fue el primero en caer al suelo, no alcanzó a tocar ningún color del cielo. De igual manera la magia actuó en él y recibió la intensidad del color rojo, haciendo que su adorable personalidad apasionada, se encendiera aún más.



Don Evaristo Avaro Todomío no podía creer lo que veían sus ojos. Tirado en la nieve luego de intentar sin resultado llegar al cielo, pudo observar las más increíbles transformaciones. Al mismo tiempo vio desaparecer sus sueños de apoderarse de la energía de la aurora boreal, la que estaba siendo repartida entre todos los demás del grupo, sin dejarle nada a él.

—¡Esa energía era mía! ¡Era mía! —lloriqueaba don Evaristo desparpado en el suelo.

Los duendes, muy sorprendidos al darse cuenta de que su máscara no era tal sino que su verdadero rostro, le preguntaron quién era y por qué se había entrometido en su misión.

—Soy Evaristo Avaro Todomío y la energía que ustedes acaban de atesorar era mi única opción de convertirme en un millonario juguetero.

—¿Eres juguetero? ¿Como nosotros? —le preguntó Nieve ingenuamente.

—Ehmm, algo así, pero yo no tengo su talento, ni tengo paciencia, ¡ni menos creo en la magia de la Navidad!

—¿Qué? ¿Cómo no vas a creer en la magia de la Navidad? —dijo Amatista.

—¡No me interesa! Yo solo quería la energía del cielo para cargar gratuitamente mis juguetes y sus colores para hacerlos más llamativos y así hacerme rico. ¡Maldita la hora en que me encontré con ustedes! ¡Ladrones!

Don Evaristo no paraba de quejarse. Los duendes estaban muy preocupados por él. ¿Cómo era posible que no se hubiera contagiado con el espíritu de la Navidad y se mostrara tan amargado?

—¿Y si te llevo a pasear en mi tabla de snowboard y te enseño algunas piruetas? —le preguntó Colorito.

—¡No! —contestó don Evaristo.

—¿Y si hacemos una guerra de bolas de nieve para alegrarnos? —agregó Nieve.

¡ESA ENERGÍA ERA MÍA!
¡ERA MÍA!



—¡No!

—¡Puedo inventar canciones y bailes para animarte! —ofreció la duende Celeste—. ¡Dame una E...!

—¡Nooo! —la interrumpió don Evaristo.

—¿Y si nos jugamos un partidito de fútbol? Te puedo dar una ventaja de dos goles —agregó Pistacho.



—¡No, no y no! ¡No me interesa! —chilló don Evaristo amurrado.

—**Lo que tú necesitas es desahogar las penas tu corazón. Cuéntanos qué te acongoja y nosotros te ayudaremos** —dijo finalmente Amatista, la duende consejera.

Don Evaristo Avaro Todomío se sorprendió. Nunca antes le habían ofrecido ayuda de esa manera, al menos eso recordaba. Con cierta vergüenza al principio, pero con más soltura a medida que las palabras salían de su boca, el codicioso juguetero les contó a los duendes sobre su infancia solitaria, de su casa humilde y de sus padres que trabajaban

día y noche para poder llevar comida a la mesa. Pero también les contó sobre el regalo que pedía todos los años y jamás recibió: un caballito de madera para vivir grandes aventuras imaginarias.

El relato de don Evaristo terminó con un abrazo múltiple de todos los duendes.

—¿Qué están haciendo? ¡Aléjense! ¡No me gustan los abrazos! —gritó.

Al principio se disgustó mucho, pero a medida que se contagió del calor afectuoso de los duendes, no se sintió tan mal, al contrario... algo lindo y confortante crecía en su interior.

De pronto, unos ladridos interrumpieron la escena. Los duendes reconocieron que eran de su perrita, pero no solo de ella, porque ahí, junto a una mucho más deshinchada Chocolata, había dos lindos cachorros ladrando al cielo y retozando entre sus patas.

—¿De dónde salieron estos perritos? —preguntó Celeste mientras uno le lengüeteaba la cara.

Chocolata no había recibido las luces de colores, ella había dado a luz.

—¡Esta sí que es la magia del Polo Norte! —gritó Amatista saltando de alegría.

Los duendes bautizaron a los cachorros como **BOMBÓN BLANCO** y **BOMBÓN CHERRY**, en honor a su dulzura, capaz de derretir hasta el más frío de los corazones. Incluso le ablandaron el carácter a don Evaristo Avaro Todomío, que no pudo resistirse a acariciar a los perritos que brincaban a sus brazos.



EL VIEJITO AL RESCATE

Cuando los duendes, don Evaristo y los tres perritos pensaban emprender el regreso a aldea Navidad, el tintineo de unas campanas los hizo mirar hacia el cielo. Era el Abuelo, que venía acompañado por su fiel perro Goldy, en un trineo tirado por Zafiro, el ciervo que le fue a alertar sobre el peligro que corrían sus amigos. El color de su cuerpo aterciopelado adquirió un elegante tono azul marino, y aunque siempre había sido inteligente y perceptivo, la energía mágica intensificó aún más sus virtudes. El Abuelo, maravillado por lo que acababa de presenciar, adivinó que la aurora boreal también había actuado en los duendes que había enviado a la misión, pues los encontró mucho más coloridos y chispeantes que cuando salieron del taller rumbo a la aventura.

Apenas el trineo aterrizó en medio del grupo de duendes, Goldy bajó ansioso a reencontrarse con su enamorada, que apareció entre las piernas de Colorito seguida por sus cachorros. El nuevo padre aulló al cielo de felicidad, pues reconoció de inmediato los brillos y la magia que habían heredado sus cachorros.

—Menos mal que lo veo, porque si me lo cuentan, no lo creo —dijo el Abuelo entre sus jojojó.

—¡Guau, guau! —ladró Goldy.

—¡Guau, guau! —ladró Chocolata.

—¡Guau, guau, guau! —ladraron los pequeños perritos.

Pero la emoción de Goldy cambió a enojo cuando notó al extraño entre los duendes.

—Grrrrrr, grrrrrr —le gruñó mientras le mordía el pantalón a la altura del tobillo, haciendo un gran escándalo.

—Evaristo Avaro Todomío, calle las Envidias siete siete cero, de madre costurera y de padre zapatero —dijo el Abuelo al reconocer al juguetero.

—¡Y tú, viejito barbón! ¡Existes! ¡Y me conoces!

—Claro que te conoce, —contestó Nieve —él conoce a todos los niños del mundo.

—¡Pero yo no soy niño!

—Ya creciste, pero lo fuiste. Un niño travieso y con algo de sobrepeso —dijo el Abuelo.

—Y si me conoces y sabías dónde vivía, ¿por qué recórcholis nunca me llevaste nada de lo que te pedí en mis cartas, viejo barrigón? —gritó don Evaristo.

—De algo me perdí, pues tus cartas nunca recibí. Pero cada Navidad vi cómo tu mamá, con amor cosía, zurcía y tejía, lindos juguetes de trapo, de lana y de harapos. Que tú...

—Tiraba sin darles importancia —interrumpió don Evaristo.

—Recuerdo en particular, un juguete espectacular. Un caballito de tela, ¡bonito!, color ciruela. Pasó noches enteras, trabajando a la luz de las velas. Pero tú...

—No lo valoré y no lo agradecí. Solo porque no era el caballito de madera que había pedido. —Evaristo terminó la frase con tono apenado.

—¿Lo tiraste? ¿De verdad? —preguntaron todos los duendes al mismo tiempo.

—Sí —contestó el juguetero agachando la cabeza y tocándose el corazón. —¡Ay! Algo me duele en el pecho.

—Lo que tienes se llama arrepentimiento —dijo Amatista al tiempo que le acariciaba un brazo.

—¿Arre qué? No, no, no lo creo... debe ser un gas —don Evaristo Avaro Todomío tenía las mejillas coloradas.

Un viento frío comenzó a soplar y el grupo decidió que sería mejor regresar a la aldea Navidad. El Abuelo montó el trineo junto a Goldy, Chocolate y los cachorros y tirados por Zafiro emprendieron vuelo hacia el taller.

Los demás se fueron a pie, y todo el trayecto lo hicieron cantando, bailando, haciendo carreras montados unos sobre otros y planeando nuevas travesuras:

—¡Pasta de dientes en el espejo!
¡Sabanitas cortas! ¡Guirnaldas de
papel higiénico! ¡Calcetines cambiados!
¡Azúcar en el salero! ¡Talco en el sombrero!

Atrás y arrastrando los pies iba don Evaristo, que aunque se resistía, no podía evitar sonreír al escuchar las ocurrencias de los duendes.

—Hasta aquí llego yo —dijo don Evaristo cuando estuvieron en el taller.

—¿Te tienes que ir? —preguntó Celeste.

—Ya no tengo nada más que hacer acá. No me funcionó mi plan de robar la energía y los colores para mis juguetes, pero estoy tranquilo. Al final, todo fue para mejor. He aprendido muchas cosas con ustedes, duendes mágicos. Mejor será que me vaya. Creo que es hora de empezar a enmendar mis errores.

—Sabia decisión, amigo —lo animó Colorito—. Podrías partir con quien quizás no te pudo entregar el regalo de Navidad que querías, pero te regaló su amor y dedicación todos los días.

Pensando en el consejo de Colorito, aún arrastrando los pies y con un espíritu navideño naciente en su corazón, don Evaristo Avaro Todomío se dio la vuelta y emprendió el regreso a su ciudad. No había conseguido la energía y los colores de la aurora boreal que lo convertirían en el juguetero más millonario del mundo, pero había ganado una riqueza mucho mayor para su corazón:

LA ENERGÍA DEL AMOR.





TODOS TIENEN MAGIA
EN SU INTERIOR...

EL REGALO MÁS ESPERADO

Los duendes mágicos entraron al taller, saltando, bailando y haciendo mucho ruido. El Abuelo, que había llegado unas horas antes, los llamó a calmarse un poco, se sentó en su cómodo sillón y los convocó para que se acercaran a la chimenea. Con los cachorros hechos bolita a sus pies, les explicó lo que había sucedido: el equipo enviado a encontrar las luces había sido testigo de la aurora boreal más nítida que se había visto en años en el Polo Norte.

—¿Aurora boreal? —repitieron los duendes al mismo tiempo.

—Tal cual, aurora boreal. Prometo que es real. Y de ella, mis colaboradores, obtuvieron sus intensos colores y resplandores. Con eso y su bondad, llenarán de energía y magia esta Navidad.

Entre risas, travesuras y una que otra **selfie**, los duendes tenían un gran alboroto en el taller. Unos hacían locas piruetas, otros bailaban o cantaban entusiastas villancicos. Chocolata trataba de aquietar a sus hijos pero los perritos no dejaban de morderle los zapatos al Barbudo Abuelo. Algunos duendes reían escondidos con la última broma al Viejito, quien descubrió entre sus rojos trajes, una chaqueta de cuero, confeccionada por los propios duendes.







—¡Jo, jo, jo! Veo que quieren que este Pascuero, se convierta en un viejo rockero —dijo entre carcajadas.

Mientras, en el cielo, de a poco se apagaban los colores que la aurora boreal había regalado, para verse más encendidos que nunca en los duendes y sus mascotas. Se armó así la fiesta más increíble de la historia de la aldea Navidad: **LA CELEBRACIÓN POR HABER ENCONTRADO LAS LUCES DEL POLO NORTE.**



Los festejos duraron un par de días, pero la normalidad en el taller no tardó en llegar. Cada vez faltaba menos para Navidad y los duendes debían regresar a sus tareas jugueteras. Cuando todos estaban ya metidos en sus labores, el Abuelo recibió la visita de Colorito.

—¿Puedo hablar contigo, Abuelo? —le dijo mientras golpeaba la puerta.

—Pasa, pasa. ¿Qué te trae por mi casa?

—Abuelo, ¿recuerdas a don Evaristo Avaro Todomío?

El Viejito asintió con la cabeza.



—¿Te acuerdas que él no tenía espíritu navideño? Bueno, yo estoy seguro que la noche de la aurora boreal don Evaristo pudo sentirlo por primera vez.

—Eso sería maravilloso, asombroso, milagroso —contestó el Abuelo.

—Me gustaría que don Evaristo Avaro Todomío por fin recibiera el juguete que esperó toda su infancia. ¿Lo crees posible?

El Abuelo se acarició la barba unos segundos y enérgicamente contestó:

—¡No se hable más, que un niño grande espera, su caballito de madera!

Se levantó de su sillón con dificultad y se dirigió al taller a hablar con los duendes, a los que les hizo un encargo especial: debían construir el más lindo caballo de madera, un juguete pequeño pero significativo que le recordara a don Evaristo sus tiempos de niño ilusionado con la Navidad. Los duendes se pusieron a trabajar en él inmediatamente: Zafiro escogió la mejor madera entre el montón de palos y tablas destinados a fabricar juguetes. Colorito la lijó hasta que quedó suave como el pelaje de un gato. Nieve le dio la forma de caballo, Amatista lo pintó de bellos colores, Celeste le cosió el pelo con lana gruesa y Pistacho le fabricó una montura con el cuero de una de sus pelotas. Goldy por su parte, lo dotó de magia: le regaló un relincho que lanzaría para recordarle el verdadero espíritu navideño.

LA ÚLTIMA MISIÓN

Cuando el regalo de don Evaristo estuvo listo, el Abuelo buscó en sus registros la dirección de su casa. La anotó en un papel, la miró y se quedó pensando. Luego arrugó el papel y lo lanzó al tarro de la basura. En su corazón sintió que el regalo debían llevarlo a otra dirección. Era hora de hacer un anuncio importante.

Sirvió varias tazas de chocolate caliente y golpeó una con su cuchara para hacer que todos lo escucharan con atención: informó que los coloridos duendes pasarían unos días en el taller ayudando en la elaboración de los últimos juguetes para después irse a descansar y disfrutar del cariño de una familia, bien lejos del Polo Norte.

—Su misión será alegría dar, y a cambio recibirán calor de hogar.

El taller se llenó de gritos de alegría y sorpresa. Los duendes llevaban varios días esperando una noticia como esa.

—¡Wow! ¡Yes! ¡Genial! ¡Bacán! —exclamaban.

El Barbudo Abuelo les explicó que los niños les entregarían el cariño necesario para cobrar vida cuando nadie los estuviese viendo y así harían un sinfín de juguetonas travesuras durante cuatro semanas previas a la Navidad y quizás hasta pasado algunos días después de Nochebuena.

—¿Pueden ir con nosotros Zafiro, Chocolata, Bombón Blanco y Bombón Cherry? —Celeste no quería dejar a las mascotas. Ninguno de los duendes quería.

El Viejito asintió. Les explicó también que pasada la temporada navideña, cuando se guardan las luces, los árboles y sus adornos, la magia volvería al taller del Polo Norte. Eso sí, no sin antes dejar en la mente de los niños el recuerdo de una Navidad tan mágica, inolvidable y colorida como una aurora boreal.



EL REENCUENTRO

Transcurría Nochebuena y en la pequeña casa de Las Envidias siete, siete, cero, una cachetona y encorvada viejecita preparaba la mesa para cenar. Puso solo un puesto, llenó de agua su taza de té y se sentó en su mecedora mientras el estofado se calentaba en la olla. En la radio sonaban villancicos y a ella le gustaba escucharlos con los ojos cerrados. Así también descansaba la vista, tan desgastada después de pasar años cosiendo bajo la tenue luz de las velas. De pronto, un toc, toc, toc quebró la calma.

¿Quién podría ser? Hace años que nadie la iba a ver. Se levantó de su mecedora y nerviosa caminó hacia la puerta. La abrió un poquito y asomó un ojo para ver de quién se trataba.

—Hola, mamá —dijo el visitante.

—¡Evaristo! ¡Mi pequeño Evaristo! ¿Eres tú?

Habían pasado años sin verse, pero para don Evaristo esta Navidad era diferente. Se acercó a su madre y la abrazó tan, pero tan fuerte, que en un abrazo recuperó todos los que no le había dado durante esos años que estuvo ausente.

—Perdón, mamá —dijo entre lágrimas—. Yo sé todo lo que hiciste por mí. No lo supe ver. Pero ahora lo veo. Por favor, perdóname.

—Mi niño lindo. No debes pedir mi perdón. Yo soy tu mamá y siempre, siempre voy a estar para ti. Pasa, por favor. Don Evaristo entró, se acomodó en un sillón y le contó a su madre su aventura en el Polo Norte. Así esperaron la medianoche.

Compartieron una sencilla y deliciosa cena, de esas calientitas que alegran estómagos y corazones y mientras saboreaban un exquisito pan de pascua, don Evaristo escuchó unos extraños ruidos por la chimenea.

—¿Escuchaste eso? —le preguntó a su madre.

—¡Sí! Y eso que estoy casi sorda de un oído.


Los ruidos seguían acercándose por la chimenea, risitas nerviosas y una que otra campanada. Don Evaristo agarró a su madre de la mano y la llevó para afuera. Juntos miraron la noche en búsqueda de alguna señal, pero no vieron nada. Sin embargo, al volver a entrar a la casa, se llevaron la más grande de las sorpresas. Ahí, bajo el sobrio pino de Navidad, encontraron un maravilloso caballito de madera.

Don Evaristo Avaro Todomío no podía creerlo, con su mamá bien agarrada de su cintura y con el espíritu navideño galopante en el pecho, sonrió emocionado y gritó al cielo:

—¿¿¿Duendes mágicos???

No recibió respuesta, pero sí la certeza de que esta Navidad sería la primera de muchas hermosas Navidades que viviría por delante.





*La magia y energía inagotable del amor,
ya habían llegado a su corazón,
y llegarían para quedarse.*

FIN



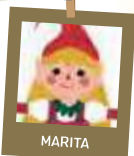
mi duende mágico

SINCE 2013

2013



YEI



MARITA



COLORITO



RAULÍN



PEKE

2014



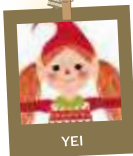
JOVITA



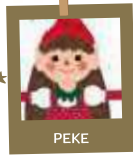
JUACO



COLORITO



YEI



PEKE



RAULÍN



MARITA

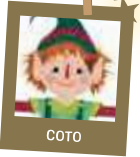
2015



JUACO



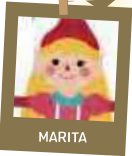
COLORITA



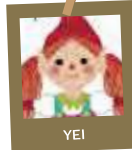
COTO



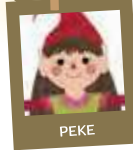
COLORITO



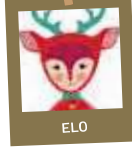
MARITA



YEI

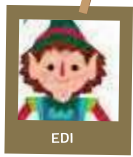


PEKE



ELO

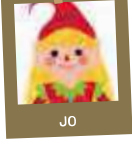
2016



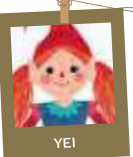
EDI



PASCUAL



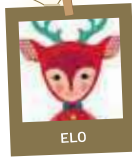
JO



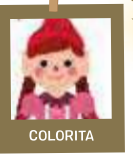
YEI



COLORITO



ELO

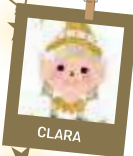


COLORITA



AMA

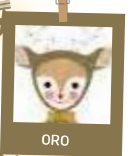
2017



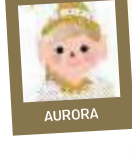
CLARA



SOL



ORO



AURORA



LUZ



GOLDY



COLORITO

2018



COLORITO



Azulina



Fucsia



Mandarina



LiMón



Menta

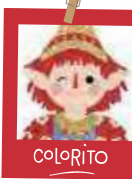


goldy



Chocolata

2019



COLORITO



celeste



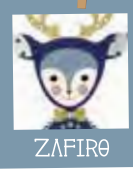
Nieve



PIStäCHO



Amatista



ZAFIRO



Chocolata



BOMBÓN blanco



BOMBÓN cherry



goldy

EN BUSCA DE LAS LUCES DEL POLO NORTE

Días antes de Navidad, la fabricación de los juguetes en el taller se ve interrumpida por una misteriosa luz que apareció en el cielo del Polo Norte. El Viejito Pascuero escoge a un equipo de duendes mágicos para investigar su origen, los que se embarcarán en una nueva y colorida aventura. Pero hay un intruso entre ellos: un ambicioso juguetero que quiere hacerse rico robando lo que los duendes mágicos deben descubrir. Lo que el villano no sospecha es que el encanto de los duendes será capaz de derretir hasta al más endurecido de los corazones.

¿Podrá sabotear la misión o se contagiará del espíritu mágico de los duendes y sus mascotas?

Acompaña a los ayudantes del Barbudo Abuelo en esta increíble misión y contágate tú también de la energía fascinante que trae esta Navidad.

